

oscuras tradiciones de una época luminosa. Y quizás sea más verosímil atribuir el fundamento de estas fábulas, y el de las griegas y orientales, á vagas reminiscencias de ideas de otra edad que á presentimiento instintivo de futuras y más levantadas ideas. En todo lo cual hallan razones y argumentos los modernos apologistas del cristianismo para defender la creencia en una revelacion primitiva.

Nada más diremos de la primera leccion del señor Castelar, que no hemos leído, sino oído solamente. Las lecciones que vaya dando en lo sucesivo las examinaremos con mayor cuidado, y nos aprovecharemos para ello de su publicacion, si es que se publican íntegras en algun periódico. Nos complacemos en esperar que no serán dignas de censura, porque el señor Castelar tiene buen deseo, y solo de su buen deseo depende el que sean tales sus lecciones que no baste á encarecerlas nuestra alabanza.

DE LA DOCTRINA DEL PROGRESO

CON RELACION

A LA DOCTRINA CRISTIANA.

I.

Hemos visto reproducido en *La Discusion*, nuestro artículo sobre las cátedras del Ateneo, en el cual procuramos poner en su punto el notable mérito del Sr. Castelar, y las dificultades de la empresa que piensa llevar á cabo; dificultades que, lejos de arredrar la constancia del Sr. Castelar, y de anublar el íntimo y claro convencimiento que ha de tener de su aptitud, deben servirle de estímulo y poderoso incentivo. Si entre tantas maravillosas prendas de orador como reconocimos en el Sr. Castelar, tuvimos que censurar algunas faltas, bien se desprende de todo el contexto de nuestro artículo, que lo hicimos en la inteli-

genia de que criticando á una persona de tan superior capacidad, nos debian servir de norma y punto de comparacion el ideal del arte en que esa persona se ejercita, y el último extremo de lucidez á que puede y debe llegar en el asunto de que trata. Para concebir estas excelencias del arte, y para imaginar esta lucidez, basta tener un mediano entendimiento; mas para realizarlas, como queremos y deseamos nosotros que el Sr. Castelar las realice, se necesitan las mas poderosas facultades. Por donde comprenderán nuestros lectores dos verdades para nosotros muy importantes: 1.^a, que nos atrevimos á juzgar al Sr. Castelar sin atribuirnos sobre él superioridad en nada; y 2.^a, que nuestro juicio, si no ha sido favorable, pues el Sr. Castelar merece todo elogio, tampoco ha sido adverso, como hay quien lo pretenda.

El único escrúpulo que pesa sobre nuestra conciencia, y el que nos obliga á hacer aquí estas aclaraciones, es el haber intentado, sin previo aviso, y lo que es peor, sin ser conocidos y estimados del público, criticar fria é imparcialmente al Sr. Castelar, desechando el tono hiperbólico y extremado que, tanto en la censura como en el elogio, suele por lo comun usarse en España. En este sentido se puede decir que nuestro artículo ha sido una *salida de tono*, y ha dado ocasion á que muchos vean en él un ataque á la reputacion literaria de la persona criticada. El Sr. Castelar, sin embargo (y lo sabemos á ciencia cierta), no ha visto esa hostilidad en nuestra crítica, sino la apreciacion desapasionada de los merecimientos que hasta

ahora tiene, el vivo y sincero deseo de que estos sean mayores, y la profunda conviccion de que habrán de serlo.

No creemos, por consiguiente, que al decir *La Discusion*, como ha dicho, que se propone refutar algunos de los asertos de nuestro artículo, salga á la defensa del Sr. Castelar, á quien en tanto estimamos. Solo creemos que *La Discusion* pueda y quiera entrar en polémica con nosotros en lo tocante á la doctrina del progreso: y temiendo el fallo de los redactores de tan ilustrado periódico, nos ha parecido conveniente, sin aguardar á que se publique la impugnacion de nuestro artículo, aclarar aquí lo que sobre dicha doctrina dejamos en él ligeramente apuntado.

Digimos en primer lugar que tenemos fe en el progreso. El progreso es para nosotros una creencia, no una ciencia. El progreso en que creemos está limitado por la misma condicion del hombre y del mundo: y de esta suerte, ya que no se funde en la doctrina cristiana, no se opone á ella tampoco. Pero suponiéndole ilimitado, como le supone Pelletan en sus dos famosos libros, *Profesion de fe del siglo xix* y *El mundo marcha*, el progresismo es anti-cristiano, y es tambien anti-científico, pues aunque se pueda demostrar por la historia que en todo y de continuo hemos progresado hasta lo presente, aun será difícil deducir de esta premisa que progresaremos siempre en lo futuro.

De la naturaleza íntima del hombre tampoco se puede deducir la doctrina del progreso, porque no

conocemos cumplidamente esa naturaleza íntima. Y en cuanto á las ideas fundamentales que hay en la mente humana, si unas sostienen la doctrina del progreso, otras le rechazan, al menos, como infinito ó ilimitado.

La idea de Dios puede en cierto modo considerarse como causa de progreso, porque la idea de Dios es el término de perfeccion y el ideal de nuestra especie en las diferentes edades. La idea de Dios, aunque de un modo vago, está preconcebida en la mente con anterioridad á cualquiera idea, y es como fuente de todas las ideas. Pero nuestro flaco entendimiento no comprende, ni en la mente divina, la existencia de esta idea (la idea que tiene Dios de sí mismo), á no limitar la omnipotencia y la grandeza de Dios dentro de su infinita sabiduría. A no ser así, nos parece que esta no podría abarcarlas. ¿Cómo, por lo tanto, ha de comprender y desenvolver esta idea nuestra mente finita, á no ser por abstraccion, negacion y oposicion? Si esta idea, aunque en gérmen, estuviese en nuestra mente de un modo positivo, su eterno desarrollo constituiría el eterno progreso; porque esta idea que en la mente de Dios concebimos desmenuada y completa, jamás llegaría por un orden sucesivo á desenvolverse y completarse en la mente de la humanidad. Mas nosotros no acertamos á comprender lo infinito y lo perfecto sino por abstraccion de lo imperfecto y finito, y aun así lo comprendemos mal, pues oponemos á esa infinidad y perfeccion algo que las descabala y amengua.

Estas consideraciones nos inclinan á pensar que la idea de Dios no puede ser el gérmen del progreso, tal como se entiende en el día, sino el gérmen de una aspiracion infinita, que hallándose en contradiccion con lo imperfecto de los medios que naturalmente tenemos para llegar á realizarla, nos induce y obliga á buscar el último fin por medios sobrenaturales.

Las religiones todas se han llevado como propósito y mira principal la resolución de este problema. Y como los hombres entendiesen que habiendo en el corazon humano un infinito deseo, solo en un bien infinito podría el corazon aquietarse, columbraron asimismo, hasta con la sola luz de la razon, que habia otra vida, y pusieron en ella ese bien deseado que no podían hallar en la presente. San Agustin censura á Varron porque al pintarnos en esta vida al bienaventurado, reúne y pone en él multitud de calidades imposibles en un solo hombre, como son: larga vida, claro entendimiento, ciencia, hermosura, salud, robustez, bienes de fortuna, tranquilidad de espíritu y conciencia limpia de culpa. Por eso dijo el P. Fr. Luis de Granada que si Marco Tulio suponía que, siendo tantas las calidades que habían de concurrir en el orador para que fuese tolerable, era casi imposible que hubiese mas de uno en cada siglo, con más razon se debía suponer la imposibilidad de hallar en el mundo bienaventurados como los de Varron. Pero aun dando por sentado que en un solo hombre concurren estas perfecciones, no podemos, con todo, imaginar en él la bienaventuranza en esta vida, y el término y satis-

faccion de su deseo, y la plenitud del ser que esta satisfaccion presupone. Lo cual fuera de la religion, y bien considerado por los racionalistas, ha de tenerse por fin imposible de alcanzar, y, segun la doctrina de Cristo, ha de creerse obra de la gracia ó de la potencia divina, y ha de considerarse como un milagro. El hombre puede elevarse á ese fin, no por desenvolvimiento, sino por renovacion; no natural, sino sobrenaturalmente; no apoyándose en la vida anterior, sino en un principio más alto que nuestro propio ser y nuestra propia vida. En lo esencial de la religion cristiana no cabe por consiguiente la idea del progreso, tal como se entiende ahora.

No es esta cuestion tan profunda y tan árdua que tengamos que recurrir para resolverla al estudio de los Santos Padres y de los grandes teólogos: basta con que citemos el catecismo. Allí aprendemos á considerarnos como *hijos de Eva, desterrados en este valle de lágrimas*: allí aprendemos cuáles son las bienaventuranzas. *Bienaventurados los que lloran. Bienaventurados los que padecen. Bienaventurados los pobres de espíritu*. De todo lo cual se deduce que este mundo es un lugar de destierro y de prueba, y que la perfeccion que á él trajo el cristianismo, si bien no es contraria á la que pretende traer consigo el progreso, es del todo diversa. Desde luego se nota que la perfeccion moral que dá el cristianismo á sus bienaventurados no implica la intelectual y mucho ménos la física. La más cuitada persona del mundo puede ser un bienaventurado y aun unirse con Dios en esta vida, lle-

gando al último ápice y extremo de la perfeccion. Lo cual parecerá extraño á los incrédulos; pero es á la par tan poético y sublime, que no puede ménos de causarles maravilla y espanto. La simplicidad llega al conocimiento de las más sublimes verdades, y la ignorancia llega á confundirse y á estrecharse con la ciencia misma, no por desarrollo y progreso del razonamiento, sino por la aniquilacion ó suspension de las potencias y sentidos, y por tan alto menosprecio de estas facultades, que muchos grandes santos han procurado pasar por simples á los ojos del mundo. Léanse, si no, las vidas de San Francisco de Asís, de San Pedro Alcántara, de San Felipe Neri, y de tantos otros, los cuales, sin ser simples por naturaleza, vinieron á serlo por la gracia. Para la perfeccion, que la bienaventuranza requiere, no es en manera alguna indispensable la agudeza y claridad del ingenio. Para conocer y servir á Dios de nada sirve ni vale la humana sabiduria. *Quia enim in sapientia Dei non poterat mundus per sapientiam cognoscere Deum, placuit Deus per stultitiam prædicationis salvos facere credentes*. En donde se nota, no ya consonancia, sino discordancia, entre la sabiduria del cielo y la del mundo, y en donde se confirma aquella otra sentencia del Apóstol: *Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus*, porque el fin de la sabiduria mundana y de la mundana prudencia está en este mundo, y el de la sabiduria divina en el otro, sin que la humana por sí sola pueda llegar hasta él.

Siendo, pues, infinito el término del deseo del al-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año de 1625 MONTERREY, MEX

ma, y teniendo por principal objeto el cristianismo la satisfaccion de este deseo, no es posible que ordene los medios que tiene para lograrle á otro fin que por fuerza ha de parecer mezquino al verdadero cristiano. Aun el que no lo es aprecia en poco este fin, con tal que tenga un ánimo levantado que no se contente con la satisfaccion de los groseros apetitos de la carne, ó con el triunfo de una pueril vanidad, que se envanece de la escasísima y oscura ciencia que podemos adquirir en esta vida. No se opone, con todo, el cristianismo á los adelantos y mejoras en las cosas temporales; mas no se ha de creer que ponga en ellos la mira, teniéndola fija en mas alto y santo objeto. No se opone á ellos, porque solo pudiera oponerse en nombre de un ascetismo exagerado, y el Apóstol condenó este ascetismo, diciendo, *Caro concupiscit adversus spiritum, et spiritus adversus carnem*, y sentó como un hecho verdadero, y estableció como regla de conducta, que nadie aborrece ni debe aborrecer su propia carne. Lo que el cristiano debe aborrecer en ella son los desordenados instintos y la debilidad consiguiente á nuestra naturaleza decaída por el pecado. Mas la carne, lo mismo que el espíritu, son obras de Dios, y son, por lo tanto, buenos en su esencia, y no solo el espíritu, sino la carne tambien, aunque purificada y transfigurada, han de gozar de la gloria.

El mundo es asimismo bueno y hermoso, y si la doctrina cristiana le tiene por uno de los enemigos del alma, es en otro sentido diverso del que aquí le da-

mos ahora. Pero ni el mundo, ni cuanto en él se encierra, bastan á satisfacer el amor y la aspiracion del corazon cristiano, desasosegado mientras en Dios no se reposa. Por lo cual no queremos ni debemos gozar del mundo y de las cosas que en él hay, sino usar de ellas en esta peregrinacion de la vida como de un vehículo y de una escala para encaminarnos y elevarnos á su origen y al nuestro, el cual es tambien nuestro fin, y no lo efimero y caduco. Y sustentamos aquí estas ideas, porque así como nos aflige y repugna el neo-catolicismo que absuelve y canoniza las maldades de los tiranos, aun nos aflige y repugnan más él neo-catolicismo que ve hasta en las más sangrientas y espantosas revoluciones un desarrollo legítimo de la idea cristiaua. El uno coloca en los altares á Torquemada y á Felipe II; el otro á Marat y á Robespierre.

No ha de imaginarse, con todo, que el cristianismo no mejoró la sociedad. Antes creemos (y ya en este breve escrito, y en el artículo sobre las cátedras del Ateneo lo dejamos consignado) que el cristianismo cambió favorablemente las relaciones del esclavo, de la mujer y del hijo, con el señor y el padre de familia; que abolió los espectáculos sangrientos; y, en una palabra, que moralizó y santificó á los hombres. Las mismas virtudes con que gloriosamente resplandecieron algunos emperadores paganos, como, por ejemplo, Marco Aurelio y Alejandro Severo; y la misma filosofía de los alejandrinos neo-platónicos, en lo que tiene, tanto en la moral como en el conocimiento

de Dios, de más bello y completo que la antigua filosofía, lo atribuimos nosotros al cristianismo, de cuya doctrina se aprovecharon aquellos filósofos para contradecirle é impugnarle.

Nuestro intento ha sido solo demostrar que el cristianismo, aunque causa de renovacion, y aunque no se opone á la doctrina del progreso, con tal que se crea que éste no se levanta sobre la flaca, pecadora y decaída condicion humana, no podia ser progresista segun lo que esta palabra significa y vale en nuestra época.

Luego que Nuestro Señor Jesucristo predicó su santísima doctrina, la moral no pudo avanzar más en la teórica, porque nadie habia de completar ó corregir lo que Cristo hizo; y no avanza en la práctica, porque ahora no hay hombres más santos y excelentes que los Apóstoles, los mártires y los anacoretas de los primeros siglos de la Iglesia. Desde entonces tenemos á la vista el ideal de la perfeccion cristiana, y no hemos menester, para verle, de nuevas ciencias y de progresos intelectuales. Cristo nos dijo:— «Tomad la cruz, y seguidme. El que me siga no se perderá en las tinieblas.»

Si en la plenitud de los tiempos se extenderá tanto el cristianismo, que hasta los judíos se conviertan á él, no por eso estará todo el linaje humano dentro del gremio de los fieles. Aun habrá ateos, incrédulos, blasfemos y sectarios del Ante-Cristo. En el seno mismo de la Iglesia vivirán muchos réprobos, como en el arca los animales inmundos.

En cuanto al progreso de la ciencia, el cristianismo no le reprueba, pero tampoco se le propone como objeto importante é inmediato, á no ser con el fin de elevar la mente humana á un superior conocimiento de Dios, y de crear en nosotros al verdadero *gnóstico* que describe San Clemente de Alejandría. En este sentido comprendemos progreso en la filosofía cristiana; pero sobreentendiéndose la fe como requisito esencial de este progreso, y faltando á muchos en el día, caen estos miserablemente en el panteísmo y en el materialismo. Así es que en vez de progresar, reniegan del bien supremo, y mientras más tierna y enamorada tienen el alma, y más levantado el pensamiento, más honda es la desesperacion y más negro el hastío que los domina. Los ferro-carriles, los telégrafos eléctricos, la fotografía, el alumbrado de gas y las constituciones más ó ménos democráticas, no bastan á consolarlos.

Este progreso, que casi podemos llamar mecánico, parte principalmente de descubrimientos materiales, que no presuponen el cristianismo. Tales son la invencion de la brújula, la de la imprenta, la de la pólvora y la aplicacion del vapor á las máquinas. La preponderancia y el mayor valer político de las naciones cristianas de Europa nacen en gran parte de estos inventos y de la fecunda manera con que se han aplicado á las necesidades y exigencias de los pueblos. Y si los de Europa se adelantan en cultura, en riqueza y en espíritu mercantil, industrial y belicoso, á los demas del mundo, no es solamente porque son cristia-

nos. Grecia y Roma no lo eran, y vencieron, y dominaron, y civilizaron á las otras naciones. Las razas que pueblan la Europa, ya sea por influencia del clima, ya por otras causas que no nos incumbe investigar, han sido en todos tiempos, al menos desde que empezó á escribirse la historia, más pujantes y más despiertas y activas que las demas razas. Si la primera civilizacion vino del continente asiático, es porque aquella parte del mundo fue la cuna de la humanidad, y porque allí quiso Dios hacer sus revelaciones.

Esto es, aunque desordenada y confusamente dicho, cuanto tenemos que decir ahora para explicar y corroborar los asertos que promete impugnar *La Discussion*, y esto nos servirá de punto de partida cuando repliquemos al mencionado periódico.

II.

El Sr. D. Emilio Castelar contestó ya en *La Discussion* del 24, no sólo á lo que dije, sino tambien á lo que pretende que dije al hablar del progreso en mi artículo sobre las cátedras del Ateneo. No acuso al señor Castelar de no haberme entendido en parte. Quizás fuese mia la falta; quizás yo no me explicase con la claridad debida. Con este recelo, y á fin de defenderme de graves inculpaciones, tendré ahora que ser prolijo para no ser confuso.

Bien claramente expresé, sin embargo, en el artículo á que nos referimos, que deseaba que el señor Castelar demostrase de una manera evidente que el

cristianismo, lejos de ser contrario al progreso humano, es causa eficacísima de este progreso, que singularmente efectúan las naciones de Europa iluminadas por la luz de la fé. Al expresarme así, no ponía yo en duda la influencia benéfica del cristianismo, que ha venido á darnos el conocimiento del verdadero Dios, y á proclamar entre todas las gentes y naciones aquella ley que dice: *ama á Dios sobre todas las cosas, y á tu prógimo como á ti mismo*; ley en que se encierran todas las leyes y preceptos, y donde está por alta manera el gérmen de todo verdadero bien en este mundo y en el otro. Lo que sí ponía yo en duda era y es que este progreso de ahora esté de acuerdo con esa ley divina; y mas aun, que esa ley divina nos haya sido dada con el fin de cumplir este progreso; y por último, mucho mas aún, el que esa ley divina, ordenada principalmente á un fin mas alto, hubiese sido para los primeros cristianos *causa conocida* de un progreso desconocido entonces para ellos. De aquí deducía yo que el cristianismo no era progresista, si bien el progreso y los progresistas podian ser cristianos, lo cual necesita y merece una explicacion detenida.

Si por progreso hemos de entender vagamente el movimiento de la humanidad, que *el mundo marcha*, como se dice ahora, no habrá motivo de discusion entre el señor Castelar y yo; el cristianismo será progresista, lo serán el islamismo y el budismo, y todos seremos progresistas; cristianos, judios, mahometanos é idólatras. ¿Quién ha de negar verdad tan evidente, ni cómo, por muy aficionado que yo fuese á